

ratura, señaladamente la senda de la versificación y de los versos cortos, y ver cómo se fueron conservando el consonante y el mecanismo de la décima y de la redondilla, para desaparecer casi enteramente á fines del siglo XVIII, y volver á aparecer ahora, como con gusto se nota que ha aparecido con todo su brillo y toda su gracia, no debe despreciar las obras de GERARDO LOBO.

## POESÍAS.

### SONETOS.

#### I.

Sobre que no le ha movido nunca, para el manejo de la pluma y de las armas, otro interés que el de cumplir con su capricho y obligación.

A tu incierto favor, fortuna airada,  
Ni mi discurso ni mi brazo aspira,  
Con la dulce lisonja de la lira,  
Con el noble instrumento de la espada.  
Puso aquella en mi mano, mal templada,  
Ocio divino, que furor inspira;  
Al filo de ésta la razón conspira  
De defensa común, siempre sagrada.

Poco pierdes conmigo, aunque alevoso  
Tu giro alterne sin piedad alguna,  
Del libre acento, del valor forzoso;  
Pues si próspera fueses y oportuna,  
Ni me llamará yo más venturoso,  
Ni te tuviera por mayor fortuna.

#### II.

Amante, que celoso arroja en un río un diamante que traía por memoria.

¡Oh dulce prenda, testimonio un día  
De la jurada fe de quien, traidora,  
El pacto ultraja y la razón desdora  
De la noble verdad que me debía!

¡Oh dulce prenda cuando amor quería!  
Dulce más que á las flores blanda aurora,  
Alegre entonces, como triste ahora:  
¡Tan inconstante fué la suerte mía!

Vuelve á tu dueño; pero no: ese errante  
Fugitivo cristal selle tu gloria,  
Digno sepulcro de tu luz cambiante;  
Pues trocada en ofensa mi victoria,  
Ni ya puede en su mano ser diamante,  
Ni ya puede en mi mano ser memoria.

#### III.

Á una dama llamada Rosa, en su cumpleaños.

#### SONETO FESTIVO.

Ya de obsequiantes el concurso vario  
Sobre el asunto formará mil glosas,  
Entretejiendo en la oración mas rosas  
Que recoge en Abril un boticario.

Te dirán que eres bello relicario  
De las saetas del amor dichosas,  
Y que el año que cumplen las hermosas  
Sólo gasta el papel del calendario;

Que se marchitan las comunes flores,  
Pero rosas cual tú, siempre divinas,  
Con el tiempo duplican los primores,  
No te dejes llevar de esas doctrinas,

Pues se pasan muy presto los verdores,  
Y se quedan punzando las espinas,

#### IV.

Se prueba que la envidia y el amor ciegan igualmente el entendimiento, con el caso de la túnica de José.

Llevar al padre túnica manchada  
Los que, vendiendo, infames, á su hermano,  
Se le fingen al pobre triste anciano  
Devorado manjar de fiera airada;  
No la miente su enojo, impresionada  
De dura garra ni de diente insano,  
Porque el crédito fian sólo al vano  
Accidente exterior de ensangrentada.  
Desconocen, turbados, que la fiera,  
Cuando rapante con el joven lidia,  
La túnica en pedazos dividiera;  
Ni el buen padre reparó en la perfidia,  
Por más que entre sus manos la ve entera:  
¡Así ciega el amor, así la envidia!

#### V.

Es difícil la enmienda en la vejez.

Gusté la infancia, sin haber gozado  
El dulcísimo néctar que bebía;  
Pasé la adolescencia en la porfía  
De áspero estudio, mal aprovechado:  
La juventud se llevan Marte airado,  
Amor voluble, rústica Taltá,  
Sin acordarme que vendrá algún día  
La corva ancianidad con pié callado.  
Y cuando llegue, que será temprana,  
¿Qué empresa entonces seguiré contento?  
¿La de triunfar de mí? ¡Ceguera insana,  
Esperar el más arduo vencimiento  
Quien el día perdió, con su mañana,  
En la noche infeliz del desaliento!

#### VI.

Estando los reyes, príncipes é infantes apostados á batida de lobos en el coto de Oñana, sorprendió el puesto de los príncipes un toro, sin que nadie lo percibiese más que sus altezas, y ya muy de cerca, salió el Príncipe al encuentro, algunos pasos fuera del puesto, y disparándole, cayó el toro muerto.

Atrevido cual Júpiter, quería  
Lunado bruto de rabiosa saña,  
Presumiendo ser coto la campaña  
En Europa turbar la luz del día.  
Sale al encuentro, pára su osadía  
El real garzon, delicias de la España;  
Fulmina el plomo, y con su acierto baña  
De sangre al campo, al Bétis de alegría.

¡Oh! dichoso un acaso contingente,  
Que ya en suceso, es ejemplar fecundo  
De lo heroico, lo amante y lo valiente;  
Y, ¡oh felice cadáver sin segundo,  
Cuya púrpura es riego permanente  
De la esperanza que ha sembrado el mundo!

#### VII.

Para poner en el túmulo en las honras que celebró el regimiento de Guardias de infantería española, en el convento de padres trinitarios descalzos de la ciudad de Barcelona, al excelentísimo señor Duque de Osuna (que goce de Dios), coronel que fue de dicho regimiento.

No suspendas el paso, caminante;  
Prosigue, mira sólo, y considera,  
A los reflejos de esa triste hoguera,  
Cuánto pudo la muerte en un instante.  
Y mientras buscas con teson constante  
El término feliz á tu carrera,  
Una noticia te dará severa,  
Que á tolerarla no serás bastante:  
A tu patria verás anochecida,  
De su mejor adorno despojada,  
Y entre lágrimas tristes sumergida;  
Hallarás en congoja dilatada  
Honor, riqueza, calidad y vida,  
En polvo, en humo, en ilusión, en nada.

#### VIII.

Remitiendo á un amigo los pocos borradores con que se hallaba de sus obras el autor.

Esas, que el ocio me dictó algún día,  
Con leve aplicación rimas sonoras,  
No en las rosadas ó purpúreas horas,  
Como el Horacio cordobés (1) decía;  
Sino en aquellas en que yo podía,  
Sin cuidado de tardes ó de auroras,  
Dedicar á las Musas, mis señoras,  
Un pedazo de vana fantasía.  
Te remito en los propios borradores  
De la pluma fugaz, porque se vea  
Cuáles son en su fuente mis errores;  
Ya que á conceptos de mayor idea  
El capricho de varios impresores  
Al público sacó con mi librea.

#### IX.

Al mismo asunto.

Pocas son producciones del cuidado,  
Muchas si de improviso devaneo,  
Que en respuesta marchaban del correo,  
En simple borrador ó mal traslado.  
Otras hice en la mente recatado,  
Escribiendo sin pluma algún trofeo,  
Por vencer tentaciones de Morfeo,  
Y cumplir con mi guardia desvelado;  
Rasgué algunas que acaso en la puericia  
Compuse fácil, con menor decencia  
De la que pide la común justicia;  
Pues si entonces tal vez la inadvertencia  
Pudo hacer menos grave la malicia,  
Ya pesarán no poco en la conciencia.

#### X.

Á la vana esperanza de un loco pensamiento.

Sigue veloz mi loco pensamiento  
Á la imagen mental de su esperanza,  
Y cuando ya imagina que la alcanza,  
Desfallece en los brazos del tormento;  
Vuelve en sí, y entre el llanto cobra aliento,  
Y otra vez, con la fragil semejanza,  
Renace en su ilusión la confianza,  
Y otra se buria de su pena el viento.  
Siempre repite la infeliz tarea,  
Nunca observa la luz del desencanto,  
Y en círculo infinito se pasea;  
Siendo en las líneas de su rumbo extraño,  
Sombra el objeto, la intención idea,  
El bien mentira, y realidad el daño.

(1) Góngora.

#### XI.

De accidentes, descuidos y atenciones  
Cautelosa el amor red eslabona;  
Ni la consume el tiempo ni baldona,  
Porque sus nudos son las perfecciones.  
De la dócil raíz de las pasiones  
Labra el arco cruel con que blasona;  
Varia especie de afectos ocasiona  
El distinto metal de sus arpones.  
Ciego y rapaz, gigantes ha vencido,  
Porque lidia y apunta con la estrella,  
Vista, fuerza y razón del combatido;  
Sin usar de las manos, triunfos sella,  
Pues la ocasión la red tiende al sentido,  
Y aquel la tira que se pone en ella (2).

#### XII.

Al primer con que la señora Bárbara Stábili recitó, en la ópera de César en Egipto, el paso de dar veneno en una copa á Tolomeo.

Aquel veneno, Bárbara, fingido  
Es tósigo en la escena verdadero,  
Que en tu labio sonoro y lisonjero  
Recibe el corazón por el oído:  
¿Cómo puede la fuerza del sentido  
Resistir su violencia, si primero  
Tu semblante, ya grato, ya severo,  
Deja el uso del alma suspendido?  
Mira el término sumo á que se extiende  
La dulce magia de tu voz sonora,  
Y si el bárbaro nombre te comprende;  
Pues con ceño tranquilo y paz traidora,  
Finges dar un veneno á quien te ofende,  
Y le das verdadero á quien te adora.

#### XIII.

Á la muerte de Luis Primero, rey de España.

De angusta flor de lis muerte temprana  
Llora la España, y con razón lo llora,  
Porque la Parca fué siempre traidora,  
Mas que con otro, con su rey tirana.  
Las esperanzas que gloriosa y vana  
Concibió en él, volaron en un hora,  
Viendo su noche en medio de su aurora,  
Y que su sol se puso en su mañana.  
Tres lustros, poco más, se vió florida  
En el jardín de España esta flor bella,  
Y un año apenas de su acción regida.  
Sólo queda un alivio á tal querrela,  
Y es, que por premio á su inocente vida,  
Pasase de ser flor á ser estrella.

#### XIV.

Tronco de verdes ramas despojado,  
Que albergue en otra edad fuiste sombrío,  
Y estás hoy al rigor de Enero frío,  
Tanto mas seco cuanto más mojado.

(2) Este ingenioso soneto es contestación á otro, no ménos ingenioso, que fué leído á GERARDO LOBO por una señora. Hé aquí el soneto que contesta Lobo. Merece conservarse, por la discreta sorna que encierra.

#### SONETO.

Dígame quien lo sabe, de que es hecha  
La red de amor, que tantas almas prende,  
Y como, habiendo tanto que la tiende,  
No está del tiempo ya rota y deshecha.  
De qué fabrica el arco con que fecha,  
De quien valor ni industria se defiende,  
Y como, cuando, adónde ó quien le vende,  
De oro, de plomo y plata tanta flecha,  
Si es rapaz, como dicen, ¿de qué viene  
El vencer los gigantes? Y si es ciego,  
¿Cómo pone al herir ciega la mira?  
Y si, como le pintan, siempre tiene  
En una mano el arco, en otra el fuego,  
¿Quien le tiende la red y quien la tira?



Dichoso tú, que en ese pobre estado  
Ann vives más feliz que yo en el mio;  
Infeliz yo, que triste desconfío  
Poder ser, como tú, de otro envidiado.  
Esa pompa que ahora está marchita,  
Por aquella estación florida espera,  
Que aviva flores, troncos resucita.  
Forma el año su giro, y lisonjera  
La primavera á todos os visita;  
Sólo para mi amor no hay primavera,

## XV.

Al salir la expedición de España contra Orán.  
Vé, lucido escuadrón, vé, fuerte armada,  
Del monarca de España empeño angusto,  
Y el pendón infeliz del moro adusto  
Su luna llora en tí siempre eclipsada.  
Véte, y vuelve de triunfos coronada,  
Gloria de Dios, y de la patria gusto;  
Haga en los moros tanto estrago el susto,  
Que quede en ocio la invencible espada.  
Contra viles sectarios mahometanos,  
¡Ah, Señor! de su causa no te olvides;  
Que en tu brazo se fían, no en sus manos.  
Vuelve en triunfos, Señor, todas sus lides:  
Tiempo es ya de que en leones africanos  
La clava esgrima el español Alcides.

## XVI.

Sentencia de uno de los siete sabios de Grecia (1).  
¿Qué importará que el avariento cobre  
Oro á quintales, perlas ciento á ciento,  
Si la sed misma que le trae sediento  
Le obliga siempre á que ruindades obre?  
Más rico que ese rico es aquel pobre,  
Que, de ambición y de codicia exento,  
Hace que lo que falta al avariento,  
Como no lo apetece, á sí le sobre.  
Las riquezas el uno desestima,  
El propio engaño al otro lisonjea;  
Me agrada aquel cuanto éste me lastima.  
Pues ¿quién será tan ciego, que no vea,  
Que éste es siervo del oro, pues le estima,  
Y aquel señor de sí, pues no desea?

## XVII.

Á Marsia, llorando (2).  
Tanto á tus claros ojos desafia  
El tirano dolor que el alma siente,  
Que á los diluvios de cristal corriente  
Todas sus luces tu beldad les fia.  
Vivo el cuidado, mustia la alegría,  
Dió sepulcro á tu sol tu mismo oriente;  
Y á pesar del ahogo, se consiente,  
Más triste sí, no menos bello, el día.  
Fué de tus luces providencia rara  
El que á un afán el llanto las rindiera,  
Y en derretido aljófar anegára;  
Y á los activos rayos de tu esfera  
Fué preciso que el agua los templára,  
Porque el mundo á su ardor no se encendiera,

## XVIII.

Vnélvese sombra oscura el claro cielo,  
Eclipsa el limpio sol sus resplandores,  
Viste la luna pálidos horrores,  
Rásgase todo del santuario el velo.  
El líquido raudal se torna en hielo,  
Mustias fallecen del jardín las flores,  
Medrosos callan cisnes, ruiseñores,  
Monstruos arroja de su centro el suelo,

(1) *Quis dives? Qui nihil cupiat. Quis pauper? Avarus.*

(2) Juzgamos conveniente advertir que si nos hemos decidido á publicar este alambicado soneto y otras varias composiciones en que el ingenio está ahogado por el artificio, lo hacemos únicamente por miras de historia literaria, esto es, para dar clara idea del conceptuoso estilo que reinaba en la poesía.

El aire pavoroso da bramidos,  
En sus quicios la tierra se estremece,  
El mar sediento los peñascos sorbe.  
Rómpanse escollos, fieras dan rugidos;  
¡Qué confusión! ¡qué horror! ó Dios padece,  
O se acaba la máquina del orbe (3).

## XIX.

Amor firme en la ausencia.

Di, bárbara fortuna: ¿en qué he ofendido  
Á tu injusta deidad, tan irritada,  
Que, para verte al fin desenojada,  
Ann no me basta estar arrepentido?  
Ya me miras postrado, ya abatido,  
Castigado mi error, y tú vengada;  
No me persigas más; que desairada  
Tanta violencia está con un rendido.  
La patria, los amigos, la riqueza,  
La estimación, la gloria, son despojos  
Que en mi daño consigne tu fiereza;  
Pues ¿qué más solicitan tus enojos?  
¿Que olvide yo de Lisis la belleza?  
Nunca ¡oh fortuna! lo verán tus ojos.

## XX.

Buscando un amante la causa de su amor en su propia ceguedad.

¿Qué vano intento y ciego desvarío  
Es éste de adorarte, Anarda bella,  
Si influyen juntos en mi ingrata estrella  
Mi tierna adoración y tu desvío?  
¿En qué me fundo, Anarda, en qué me fio,  
Si éste conozco, si malogro aquella,  
Pues ni puedo eximirte á mi querella,  
Ni doblar la cerviz de tu albedrío?  
Firme seré, no obstante; y si el trofeo  
De tu esquivada mi amor no alcanza,  
Á mi culto otro altar no será empleo.  
Siempre estaré en la firme confianza  
De que el negar laureles al deseo  
No cierra el horizonte á la esperanza.

## XXI.

Aquel peñasco á quien el mar azota  
Por verle en su dureza castigado,  
Y sólo encuentra, á fuerza de obstinado,  
La espuma en su rigor deshecha y rota;  
Aquel á cuya cumbre no alborota  
Tanto triste suspiro articulado,  
Que en ecos vuelven al opuesto lado,  
Porque en su seno la piedad no acota;  
Comparando á mi amor su resistencia,  
En su inmovilidad querrá decirme  
Que es igual su constancia á mi paciencia.  
En vano ¡oh peña! intentas persuadirme:  
Tan noble amor no admite competencia;  
Tú más duro serás, es él más firme.

## XXII.

Arder en viva llama, helarme luégo,  
Mezclar fúnebre queja y dulce canto,  
Equivocar la risa con el llanto,  
No saber distinguir nieve ni fuego.  
Confianza y temor, ansia y sosiego,  
Aliento del espíritu y quebranto,  
Efecto natural, fuerza de encanto,  
Ver que estoy viendo y contemplarme ciego;  
La razón libre, preso el albedrío,  
Querer y no querer á cualquier hora,  
Poquisimo valor y mucho brío;  
Contrariedad que el alma sabe é ignora,  
Es, Marsia soberana, el amor mio.  
¿Preguntáis quién lo causa? Vos, Señora.

(3) *Aut Deus patitur, aut mundi maquina dissolvitur.*

## XXIII.

Satisfacción á quien leyere estos versos.  
Cuando leyendo estás ritmo amoroso,  
Lasciva flor de mi Parnaso ameno,  
No de áspid corazón, torpe veneno,  
Esconde entre sus hojas lo dañoso.  
No arguye privación de mi reposo  
Este volumen, de ternuras lleno;  
Mía es la pluma, sirvo al gusto ajeno;  
Ellos son infelices, yo piadoso.  
Sentidas quejas, blandas expresiones,  
Ayes amantes, lágrimas á rios,  
Efectos del amor y sus arpones,  
No fueron de mi fiebre desvarios,  
Sino que afectos de otros corazones,  
Supe yo exagerarlos como míos.

## XXIV.

Mandóse retratar una dama, y no acertaron los pintores á sacar una copia parecida.

Ten esa mano, artífice, que errado,  
Copiar intentas celestial figura;  
Sus líneas sujetar á la pintura,  
Es perder el respeto á lo sagrado;  
Presuma, en su destreza confiado;  
No logrará el pincel lo que procura;  
Que de tan rara y célebre hermosura  
Sólo el lienzo será trasunto helado.  
En balde humana y terrenal destreza  
Del sublime primor que Dios reparte  
Quiere imitar la sin igual belleza.  
Cesa, pintor; no tienes que cansarte:  
Portento que formó naturaleza,  
No se estrecha á los límites del arte.

## XXV.

Á Juan V, rey de Portugal, que amansó á un caballo, rebelde á cualquiera otro.

Así domes, señor, del mahometano  
Sectario vil el reino dividido,  
Como ese altivo bruto ha conocido  
El poder invencible de tu mano.  
Así del trace, el árabe y persiano  
El orgullo á tus piés logres rendido,  
Como ese Etonte, en iras encendido,  
Resistir quiere, y lo procura en vano.  
Así los dos, que habitan sitio adusto,  
Negro etiope, pálido agareno,  
Te adoren rey, te aclamen dueño augusto.  
Así de Tétis al cerúleo seno  
Tus bajeles le den horror y susto,  
Como el caballo obedeció tu freno.

## XXVI.

Á la muerte del Marqués de Santa Cruz, insigne varón en armas y letras.

Venció la suerte de su mano armada;  
¿Quién habrá que escaparse presume?  
Venció la suerte, y con presteza suma  
La vida al mejor héroe robó, osada.  
Mas no importa; que vive eternizada  
En lágrimas que el tiempo no consume;  
Una, que se labró buril su pluma;  
Otras, que desbastó cínzel su espada.  
A despecho del tiempo sus victorias,  
A pesar del olvido sus trofeos,  
Firmes son instrumentos de sus glorias.  
De su espada y su pluma altos empleos,  
Duran, más que en el bronce, en las memorias;  
Duran, más que en el jaspe, en los deseos.

## XXVII.

Á la estatua del Silencio, primorosa hechura de diestro artífice.

Sabio escultor, tu industria sólo pudo  
Acreditar verdad tan mentirosa,  
Con unir en estatua milagrosa  
Parlero al mármol y al silencio mudo,

Callada la respeto, y Inégo dudo  
Si es engaño á la vista misteriosa,  
Que un mismo dedo la hace silenciosa,  
Y de los labios la desata el nudo.  
¿Calla ó dice? En razón tan encontrada,  
Lo niego todo y todo lo concedo,  
Pues dice mucho, aun cuando no habla nada.  
¡Oh! sácame, escultor, de tanto enredo;  
Y á querer que la estime por callada,  
Dale otra mano y quítale aquel dedo.

## XXVIII.

Respondiendo á un amigo que se convidó á venir á celebrar los días de cumpleaños el autor á su casa.

Fabio, de tu amistad quedo dudando  
En esta persuasión que estoy leyendo,  
Porque me induces á aplaudir riendo  
Aquel instante en que nací llorando.  
Aquella pobre cuna contemplando,  
Lágrimas de dolor estoy vertiendo,  
Y en el cuándo pasado estoy temiendo  
Las amenazas del futuro cuándo.  
Fúnebre consecuencia, mas precisa,  
Que á nuestros vanos pensamientos aja,  
Y en el mismo nacer se nos avisa.  
¡Ah, cuánto, Fabio, á la razón ultraja  
El que consagra cánticos de risa  
Al día que recuerda la mortaja!

## XXIX.

Á una dama que no quería ser amada siendo muy hermosa.

Ese cristal, Belisa, que retrata  
Á tu rara beldad, sin ser pintura,  
En el mismo primor de tu hermosura  
Te copia la razón de ser ingrata.  
Cuando tu vista en él más se dilata,  
Quedas en tus soberbias más segura,  
Porque en tu imagen tu intención apura  
Las altiveces con que se recata.  
Mas, porque es toda amable esa belleza,  
Y porque su beldad no tenga á insulto  
El que á otro amor profanó su grandeza,  
Ama tú sola tu divino vulto;  
Que rindiendo tú misma tu entereza,  
Sin padecer desaires tendrás culto.

## XXX.

Á una dama cruel para los que la querían.

Como en las flores del jardín ameno  
Oculto vive el áspid encerrado,  
Y en el pié que le pisa descuidado  
Su diente clava, escupe su veneno;  
Así entre luces de esplendor sereno  
Vive, Marsia, tu amor disimulado,  
De donde sale el rayo fulminado,  
Que produce las ansias en que peno.  
Mi corazón, que en vano se defiende  
Del rigor que en tus ojos se atesora,  
Mayor crueldad en tí probar pretende.  
Vengativo es el áspid, tú traidora,  
Pues el áspid maltrata á quien le ofende,  
Y tú ofendes, oh Marsia, á quien te adora (1).

## XXXI.

Comparación de un amor con el mar

Bate el mar en la roca que resiste  
El duro asalto de soberbia saña,  
Y el piloto que surca su campaña,  
Á instantes teme su naufragio triste.  
Mas mirando en la esfera que le asiste  
Astro benigno, cuya luz no engaña,  
Corta la espuma, que las gaviotas baña,  
Y al mismo riesgo que recela embiste.

(1) Este último terceto recuerda la idea con que termina el soneto del mismo autor á Bárbara Stabii.



Sufrí en el golfo de la vida enojos;  
Mas cuando el cielo vi de tu hermosura,  
Arrostré de la suerte los anteojos;  
Y ya no temo la borrasca dura;  
Que en mirando las luces de tus ojos,  
Todo es tranquilidad, todo es dulzura.

## XXXII.

A un magnate ilustre y sabio que vivía más gustoso en el retiro,  
ocupado en el cultivo de su jardín y de las letras, que aplicado  
á los negocios de estado.

Viva en ocio apacible reposado  
Quien tuvo arrullos de modesta cuna,  
Pero no el que en las astas de la luna  
Meció su primer lecho respetado.  
El grande no creció tan elevado  
Á yacer, sino á estar como columna,  
Que insensible al vaiven de la fortuna,  
La máquina sostenga del Estado.  
Vos, señor, que mirais vuestra ascendencia  
Á la sombra de solios, no de flores,  
Y el gran libro sabeis de la experiencia,  
Dejad hojas de plantas y de autores,  
Y cultive madura la prudencia,  
Para el público bien, frutos mejores.

## CARTA PASTORIL Á UN CONDÍSCÍPULO.

Si de simples ovejas  
República paciente  
Permite á un pobre pastoril desvelo  
Que á miserables quejas  
De dolor inocente  
Piedades busque, que agradezca el cielo,  
El noble desconsuelo  
Acompaña, oh Belardo,  
De aquel pastor tu amigo, aquel Gerardo,  
Que en más alegre día  
Sus voces alternaba,  
Y en cercano redil introducía  
Reciproco ganado,  
Después que fatigaba  
Con el silbo, la honda y el cayado,  
En caluroso estío,  
La falda al monte y la ribera al río.  
Del Tajo en las arenas,  
Piadosísima cuna  
De aquel suspiro que arrojé primero,  
De mis gustos ó penas,  
En disorde fortuna,  
Parcial te vió la selva y compañero,  
Y al curso lisonjero  
De arroyo transparente,  
Parto fecundo de risueña fuente,  
De juncos y espadañas  
Coronadas las sienas,  
A beneficio de silvestres cañas,  
Cantábamos iguales  
Los inconstantes bienes,  
Las dulces penas, los sabrosos males  
De rústicos amores,  
Calma del viento, envidia de pastores.  
Quedó, al fin, dividido  
Este lazo constante  
De estrechísima union, por el empeño  
De haberte conducido  
A dehesa muy distante,  
Allá sobre el Genil, tu rico dueño;  
Acuérdome del ceño  
Que por turbado oriente  
Sacó el sol aquel día; pues tú ausente,  
La selva, el monte, el prado,  
Y sierras elevadas,  
Lloraron de pesar; lloró el ganado,  
Lloraron sus pastores,  
Y las Musas sagradas  
Con el mio alternaban sus dolores  
En endechas distintas;  
Lloraba Coridon, lloraba Amintas.

Mas ¡qué mucho, Belardo,  
Si el contento de todos  
Te llevaste, y también quietudes mías?  
Tú, con genio gallardo  
Y pacíficos modos,  
Hiciste alegres los infaustos días;  
Tú siempre componías  
Las agrestes contiendas,  
Dividiendo los términos y haciendas  
De discordes zagales;  
Y tu albugue sonoro  
Fué consuelo comun para los males,  
Sonando de manera,  
Entre el rústico coro,  
Que si Titiro acaso le atendiera  
Se quedára admirado,  
Á la sombra del haya recostado  
Faltó á mis ocios luégo  
De tus sábias lecciones  
La siempre natural dócil doctrina,  
Y su invisible fuego  
En mis tiernas pasiones  
Introdujo el amor, peste divina,  
Que por oculta mina  
Las médulas abrasa;  
Ni pobre choza, ni soberbia casa,  
Ni templo se asegura  
De sus llamas voraces;  
Me abrasé finalmente en la hermosura  
De Amarilis, pastora  
De quien fueron secunaces  
Cuantos zagales, al salir la aurora,  
Dulces amantes quejas  
Conducían al prado, más que ovejas.  
Más que ovejas, deseos  
Apacentaba honesta  
En su selva feliz y en las vecinas;  
Lascivos semideos  
Del bosque y la floresta  
Entallaron su nombre en las encinas;  
Las tágides divinas  
Y driadas hermosas,  
De junquillos y acantos, oficiosas,  
Tejían la guirnalda  
A sus rubios cebellos;  
Y Pomona tal vez sobre su falda,  
De sus frutos mejores  
Dejaba los más bellos,  
Que arrojaba después á los pastores;  
Y yo una tarde, ufano,  
Conseguí una manzana de su mano.  
Desde entónces al mundo  
Lenguaje de sus ojos  
Debí señales de atención parlar,  
Y á su padre sañudo  
Ergastó mil enojos,  
Que inquietaron á toda la ribera;  
De sus rencores era  
Mi pobreza motivo;  
De mis ansias, no el verle dueño activo  
De mil cabras traviesas,  
Que con cargadas ubres  
A cabritillos mil y á muchas mesas  
Daban grato alimento;  
Ni el ver en los Octubres  
A Baco en su lagar siempre contento;  
Sólo de mi codicia  
Amarilis fué asunto y fué delicia.  
Fué mi delicia, y tanto,  
Que sólo puse en ella  
Los términos honestos de mi gloria;  
Al lisonjero encanto  
De favorable estrella,  
Consenti en los indicios de victoria;  
Tan firme en mi memoria  
Y en mis rudas canciones,  
Que primero las tórtolas y halcones,  
Lebres y venados,  
Raposas y polluelos  
Se verán juntos en los verdes prados,  
Y primero la luna  
Girará por los cielos,

Sin leve mutacion ó mancha alguna,  
Que Amarilis no sea  
Objeto dulce de mi grata idea.  
Desde el laurel cercano  
Al chozo de retama,  
Filomena mis ansias atendía,  
Y del trace tirano,  
Sobre la fresca rama,  
La tragedia mezcló con mi armonía;  
Cuando la entónces mía  
Pastora, deliciosa  
Más que en el huerto la temprana rosa,  
Fingiendo que cortaba  
Del romeral florido  
Los más tiernos cogollos, escuchaba  
En la simple dulzura  
Del rústico gemido  
Excesos de mi amor y mi ventura,  
Causando á los desvelos  
De otro amante pastor envidia y celos.  
De otro pastor amante,  
Uno que de la sierra  
Descendió á nuestro valle deleitoso,  
De la más abundante  
Cabaña de la tierra  
Tan rico mayoral como dichoso,  
Quien con pellico airoso  
Y palabras traidoras  
Alteró la quietud de las pastoras,  
Regalando del monte  
Dulcísimes panales  
En tazas del antiguo Alcimedonte,  
Ricas pieles manchadas  
De varios animales,  
Cayados de marfil, rucacas doradas;  
Y mi Amarilis era  
Del nuevo culto la deidad primera.  
Yo, que del buen Corebo,  
Anciano padre mio,  
Más ejemplos guardaba que rebaños,  
Pues por cuenta de Febo  
Las ninfas de su río  
Fueron nutrices de mis tiernos años,  
Y corderos extraños,  
Como sabes, regia,  
Misero apenas tributar podía,  
Cuajada en limpia hortera,  
En el zurrón castañas,  
La nuez sabrosa, la arrugada pera,  
Y tal vez á mi anhelo  
Rindieron las montañas  
Blanca paloma, pardo conejuelo  
O tímido venado,  
Que ofrecí, de azucenas coronado,  
Mas tocaba yo solo,  
De siete desiguales  
Leves cicutas, flauta delicada,  
Que por orden de Apolo,  
En los cañaverales  
Del Tajo fabricó musa sagrada,  
De muchos envidiada,  
De algunos aplaudida,  
Y de aquel embeleso de mi vida  
Más que de todos; pero  
A su padre ambicioso  
Las esquilas del rico ganadero  
Sonaban más suaves  
Que el eco armonioso  
De mi zampoña, cuando en versos graves  
A Amarilis cantaba,  
Y su nombre en las selvas resonaba,  
¡Oh cuántas veces, cuántas,  
Con celoso desvelo  
Abandoné el redil, signiéndome acaso  
La huella de sus plantas,  
Si por ventura el suelo  
Me daba algun indicio, siempre escaso!  
¡Cuántas en el ocaso  
La luz se sepultaba,  
Y detras del vallado yo acechaba  
Si entre una ú otra tropa  
De zagalas volvía!

Y cuanto entónces con la verde copa  
Al carrasco más pobre  
El álamo excedía,  
Tanto Amarilis descollaba sobre  
Las que fueran, sin ella,  
El sol ausente, cada cual estrella.  
Egón, en fin, tirano  
(Así el pastor se llama),  
Que después de tu ausencia, ¡oh nunca fuera!  
Desde el monte Mariano  
Sus ganados derrama,  
Agostando el verdor de la ribera,  
Con astucia severa  
De recatado empeño  
(Ya ménos fuerte de mi injusto dueño  
La virtud generosa),  
Al codicioso Ergasto  
La pidió cautamente por esposa,  
Manejando de modo  
El infelice fasto,  
Que en un sí (¡ay de mi triste!) logró todo  
Cuanto pudo, importuna,  
Arrancar de mi pecho la fortuna.  
Ignorante este día  
De mi destino adverso,  
En el troneo de un árbol cortezudo  
Por acaso escribía  
No sé qué triste verso  
Con la punta sutil de hierro agudo;  
Cuando un acaso pudo  
Decir mi desventura,  
Porque suelto el rebaño en la espesura  
De no distante cerro,  
En fe de mi descuido,  
Dormida entónces centinela el perro  
La honda abandonada,  
Sin piedra ni chasquido,  
Degolló la más dócil bien manchada  
Bellísima cordera,  
Voraz la saña de rapante fiera.  
No la pérdida tanto,  
Como el fatal agujero,  
La quietud alteró de mi ventura,  
Pues del perenne llanto  
De mi dolor severo  
Nuevo liquido arroyo se apresura;  
Y así de mi ternura  
Desahogaba el tormento:  
«¡Oh tú, infeliz entre corderas ciento,  
La siempre más amada  
Del tímido ganado,  
No fueras, como fuiste, desdichada,  
Si el brazo, ya cobarde,  
Empunase el cayado,  
En tu defensa prevenido tarde!  
Pero quede deshecho  
En más pedazos que se parte el pecho.»  
Tiréle airado y ciego,  
Y arrojé juntamente  
El sosiego del alma apetecido,  
Pues el efecto luégo  
Del pasado accidente  
En alegre rumor llegó á mi oído,  
Cuando en todo el egido  
Los instrumentos viles  
De panderos y flautas pastoriles  
A las chozas y aldeas  
Cantaban el trofeo  
De Amarilis y Egón; se encienden teas  
En la frondosa calle  
De Pan y de Himeneo;  
Y yo, fuera de mí, fuera del valle  
Y fuera de mi vida,  
Muerdo los troncos como fiera herida,  
Otro motivo entónces  
Avivaba la llama  
De mi fuego infernal, oculto y fiero,  
Porque digno de bronce,  
El eco de la fama  
Le aplaudía, jamás tan lisonjero,  
¡Oh, mal haya el primero  
Que dividió en el mundo



Los candales comunes; y el segundo  
Mal haya otras mil veces,  
Que de plebe y nobleza  
Fundó la distincion, sin solideces,  
Cuando sólo se admira  
Por timbre la riqueza,  
Y la virtud sagrada se retira  
A pobre albergue, donde,  
Por falta de equidad, su luz esconde  
Y tú, Egón venturoso,  
Que nunca así lo fueras  
Si la fortuna con su propia mano,  
Por el fin caprichoso  
De sus altas quimeras,  
No te hiciese heredero del anciano  
Biquisimo Silvano;  
Vive contento, vive,  
Y para oprobio de mi fe recibe  
Aquel dón; mas ¿qué digo?  
Muere primero, muere,  
Y el hado, de quien fuiste tan amigo  
De modo te aborrezca,  
Que allí donde estuviere  
Tu mayor interés, luego perezca;  
Y en llegando á ser pobre,  
Sólo el fastidio del amor te sobre.  
Al rocío frecuente,  
Como infecunda piedra,  
La virtud corresponda de tus prados,  
Y en canícula ardiente,  
El laurel con la hiedra,  
El olmo con la vid, mueran quemados.  
A tus muchos ganados  
Niegue cualquier ribera  
El cristalino humor, ó el cielo quiera  
Que con vanos rumores  
Al arroyo apresure  
Sólo el llanto de miseros pastores,  
Cuando en los meses fieros  
Tanto la nieve dure,  
Que fallezcan sin pasto los corderos,  
Ó en su cuello inocente,  
Durmiendo el perro, el lobo se ensangrienta.  
En tu contorno alojes  
Las macilentas hambres,  
Y nunca á la piedad lleguen los ecos;  
Por más polvo que arrojes  
A los vagos enjambres,  
No bajen á tus corchos ni á los huecos  
De tus árboles secos;  
Antes bien en sus quebras,  
Con ponzoñoso aliento las culebras  
Infecten los nidos  
De las simples palomas,  
Y alternando los cuervos los gemidos  
De su infausta mañana,  
Taladren las carcomas  
Al fecundo frutal; y siempre vana  
La fatiga en tus prados,  
Sólo sirvan al fuego tus arados.  
De las urnas de Jove,  
Aquella de los males  
Se vierta sobre tí y sobre tu selva,  
Y desde el tosco adobe  
De los rudos corrales  
Hasta el templo de Ceres se disuelva;  
A tu casa no vuelva,  
Una vez desterrada,  
La paz tranquila, la verdad amada,  
Y desnuda de mieses,  
De pámpanos y flores  
La estación variable de los meses,  
En trojes y tinajas  
Sólo sepulte horrores,  
Sin que del chozo á las humildes pajas  
Perdone ardiente estío;  
Ardan las fuentes y se seque el río.  
Nunca el cielo propicio,  
Antes bien irritado,  
Corresponda al dolor de tu querella,  
Y á cualquier sacrificio  
Que le rindas postrado,

Corrompa el genio de maligna estrella,  
Y tú, entre todas bella,  
Como nadie traidora,  
Fija siempre en mi amor, alma pastora,  
No pienses que mi pecho  
Tu daño solicita  
Con la fuerza, la rabia y el despecho  
De tantas maldiciones;  
Númen silvestre admita  
Las que le ofrezco internas oblacones,  
Porque te obsequie grato  
Y conserve en su gruta tu retrato.

## OCTAVAS FESTIVAS.

Á la derrota de unos pasteles en el Palau (antiguo palacio de Barcelona), en que el autor, por el estorbo de una dama, no tuvo más parte que el precepto de referir el suceso.

Como á Enéas Elisa de Cartago,  
Renovar me has mandado un sentimiento,  
A cuyo triste lamentable estrago  
Se estremece, señora, el pensamiento;  
Pero, pues es tu gusto dulce halago,  
Que elocuencias infunde al torpe acento,  
Las agonías pintaré crueles  
De la Troya infeliz de los pasteles.  
Ya la húmeda noche desde el cielo  
Su carroza fugaz precipitaba,  
Cuando escucho un motín, y á su desvelo,  
La terrestre region titubeaba.  
Era todo el alcázar Mongibelo,  
Pues nocturnos relámpagos vibraba,  
Por sus bocas flamigeras y ardientes,  
La cruel batería de unos dientes.

Acudo al riesgo, pero acudo en vano,  
Pues insolente bárbara cuadrilla  
Jugaba, diestra de tajante mano,  
La ya encorvada natural enchilla.  
Al grave susto del furor cercano  
Se suspende mi aliento ó se amancilla,  
Viendo que ocupa el trágico combate  
El camino cubierto del gaxnate.

Paladion de vidrio, fabricado  
Á manera de monte por el arte,  
Del torpe dios de vides coronado,  
Aborta incendios, y furor reparte.  
Al tiro bacanal desembrazado  
De la sedienta lid, en cada parte,  
Resonaron las bóvedas internas,  
Y gimieron del susto las tabernas.

Deidad gallarda, entonces parecida  
Á la noble, bellisima Creusa,  
Que usurpó del erario de mi vida  
Cuantos alientos concedió á mi mnsa;  
Con rozagante púrpura vestida,  
Del duro avance á mi crueldad recusa,  
Me suspende el aliento, le desdora;  
¡Lo que debe mi hambre á esta señora!

La sed ardiente de lograr despojos,  
Impaciencias prestaba á mi osadía;  
El dominio imperante de sus ojos  
Leyes de hielo al ánimo imponía.  
Allá me impelen bélicos arrojés,  
Aquí me pasma la congoja mia;  
Y triste en medio mi pasión apura  
Lo que tira el pastel y la hermosura.

¡Viste tal vez, del uno y otro nido,  
Bajar de cuervos turba vocinglera  
A la verde mansion donde tendido  
El cuerpo yace de difunta fiera?  
No de otra suerte el antes dividido  
Tropel marcial se junta, donde espera  
Que á sus ansias arroje, descubierta  
El vientre del pastel, un gato muerto.

No á la garza se abaten presurosos  
Con más violencia rápidos halcones  
Como al triunfo se arrojan animosos  
Los insignes, los inclitos varones.  
¡Oh tres y cuatro veces venturosos!  
¡Oh afortunada gente! ¡Oh campeones!

Que en el mundo llenasteis de alabanza  
Los capaces archivos de la panza!  
De la fábrica dulce, delicada,  
Apénas queda misero fragmento,  
Desde la grave copa empavesada  
Hasta el último pobre pavimento.  
No hay pared que no quede derribada,  
Ultrajando el furor voraz y hambriento  
Alquitraves, cornisas y columnas,  
Y yo entre todos me quedé en ayunas.  
Mas no tanto, que intrépido y constante  
No quisiese mezclarme en el trofeo,  
Bien que estorbos me puso cada instante  
El dueño hermoso del combate feo.  
Ya finalmente, ciego y arrogante,  
Desenvaino la espada del deseo,  
Y á los cómplices todos de aquel trato  
Trasapé con la punta del olfato.  
Abandono aquel trágico distrito,  
No de cobarde huyendo, de prudente,  
Pues á fuerzas de número infinito,  
Saberse retirar es ser valiente.  
Al Anquises llevé de mi apetito  
Sobre el hombro; reliquias de obediente  
Por penates, y sólo entre la ruina  
A los lares dejé de la cocina.  
Este es, señora, el lamentable agravio  
De la triste, infeliz, trágica historia,  
Desairada dos veces de mi labio,  
Pero impresa cien mil en mi memoria.  
Y éste un recuerdo, que le dice al sabio:  
«No al valor le atribuyas la victoria,  
Ni en el mérito fundes los laureles;  
Porque el hado reparte los pasteles.»

## DIÁLOGO MÉTRICO DE PÁRIS Y ELENA

para que cantasen dos señoritas.

## INTRODUCCIÓN.

Páris, infiel pirata  
Del milagro de Grecia,  
El incendio de Troya  
Tiene en su nave, porque tiene á Elena.  
En la dorada popa,  
Que el viento lisonjea,  
De esta suerte batalla  
En él el ruego, y el agravio en ella.

PÁRIS.

Perdona, halagüeño,  
Dulcísimo bien,  
La ofensa de quien,  
De puro mirar, no supo atender.

(Recitado.)

Perdona, y si culpaste  
Mi nunca arrepentido atrevimiento,  
Tú á robar me enseñaste  
Con modo más violento,  
Pues yo adoro la presa, y tu cuidado  
Al mismo que cautiva ha despreciado.

ELENA. (Aria.)

Intentas en vano,  
Ave tirano,  
Vencer mi crueldad,  
Pues tu cautiverio  
No tiene el imperio  
De mi libertad.

(Recitado.)

¡Cómo tan indiscreto  
En repetido agravio,  
Injurian mi respeto  
Las necias expresiones de tu labio!

PÁRIS. (Aria.)

Bellísima Elena,  
Pues eres motivo  
De toda mi pena,  
Permite el dolor,

Que es bárbaro, esquivo,  
Injusto rigor,  
Decir el tormento,  
Callar el amor.

(Recitado.)

Y pues ya mi fortuna ha echado el resto,  
Venza el ruego á la crueldad.

ELENA.

¡Qué es esto!

(Coplas.)

¡Que es esto, loco Páris,  
No sabes que es delirio  
Querer con una ofensa  
Sobornar un cariño?

PÁRIS.

¡Ay, dueño mio!  
Que á tus ojos son glorias  
Los precipicios.

ELENA.

En aras del decoro  
Se pierde el sacrificio,  
Cuando es el rendimiento  
Disfraz de lo atrevido.

PÁRIS.

¡Ay, dueño mio!  
Que no bastan preceptos  
Contra el destino.

ELENA. (Recitado.)

Vivo yo, que soy sola  
El arbitrio capaz de mi fortuna,  
Que á tu loca importuna  
Porfia irrevcrente  
Despedace primero que se aliente.

(Aria.)

Es mi noble respeto  
El ara y la deidad,  
Y el dón, aunque secreto,  
Que rinde lo indiscreto,  
Castiga la crueldad.

PÁRIS.

No es un amor ofensa, que es martirio.

ELENA.

Es ofensa un amor cuando es delirio.

PÁRIS.

Castiga á tu hermosura,  
Que es toda la razon de mi locura.

ELENA.

No, no hay razon....

PÁRIS.

Sí, sí hay razon....

ELENA.

En desear....

PÁRIS.

En adorar....

ELENA.

Si es tirana....

PÁRIS.

Si es hermosa....

LOS DOS.

La eleccion.

ELENA.

No, no hay razon.

PÁRIS.

Si, sí hay razon.

ELENA.

No hay razon, infiel Páris,  
Que tu aleva traicion  
Disfrace alevostas  
Con el vano semblante del amor,